

MI PADRE

# GONZALEZ PACHECO

---

*Elma González Pacheco de Tejo*

**H**ABLAR de mi padre, a diez años de su desaparición, significa sentirlo a mi lado y, bajo la mirada brillante, optimista y comprensiva de sus ojos verdes, deshojar recuerdos.

Cuando murió, en 1949, perdimos al compañero más cariñoso y comprensivo que nunca tuviéramos. Sin embargo, no siempre fué así. Nuestro recuerdo se remonta a cuando todavía conservaba algo de su estampa bohemia: ... "melena frondosa, voladora corbata y aludo chambergo"... "Tres atributos bohemios que hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a la burguesía"... como se describió más tarde al volver sus ojos a aquella época. Tenía entonces una incapacidad, casi física, para tolerar faltas, aun leves, de conducta, y como reaccionaba instantáneamente con violencia, a menudo cometía injusticias. Por eso, mientras no comprendimos el motivo de sus explosiones, le temimos, y no podíamos dejar de temerle, aunque sintiéramos su grandeza al advertir que sufría cuando razonaba sobre lo ocurrido. Además estaba poco en casa, lo que hacía más difícil la comprensión. Las cár-

celes y sus giras de propaganda anarquista, lo retenían fuera largo tiempo. En ese entonces mi madre era el puente entre él y nosotras. Mi madre, a quien pudo tomar como modelo cuando escribió sobre esas compañeras que "metidos sus hombres en la pelea, al pie de la obra o sobre la barricada, no esperan tampoco ningún homenaje de esos que hacen la gloria o la gala de las otras mujeres, de políticos o reyes. Estas son reinas o damas. Ellas son compañeras".

De esa época recuerdo las visitas de Tito Livio Foppa, autor teatral también y diplomático de larga actuación en Italia. Cuando lo sabíamos en Buenos Aires, esperábamos su visita, tanto él como nosotras. Su charla brillante y el montón de recuerdos que traía, exaltaban nuestra imaginación. Después de la puesta al día en noticias, Foppa comenzaba a recordar: "Hermano ¿te acordás cuando llegamos a Cádiz? —y volviéndose a nosotras explicaba— "tres melenudos de largos bigotes y corbatas voladoras. Bajamos a tierra ¿hacia dónde ir? Discutíamos sobre el asunto cuando alguien que nos observaba intervino: "—Sigan por

## MI PADRE

esta calle, caminen por ella tantas cuerdas, doblen a la derecha y ahí está"... Nos miramos sorprendidos y al advertir nuestro gesto, el comedido terminó: "¿Pues no buscan ustedes una barbaría?"

Al irse Foppa le dejaba las manos llenas de recuerdos, que guardaba con todo cariño, pero no volvía a repasar hasta la próxima visita. No tenía tiempo para mirar el pasado; el presente y el futuro polarizaban todas sus energías. Tan es así, que muy poco sabíamos de su infancia y adolescencia. Los recuerdos de esa época fueron poco evocados a lo largo de su vida.

En ese entonces intuimos y más tarde comprendimos qué profundo significado tenía para él la palabra "compañero". Un compañero es un amigo y un hermano con identidad de pensamiento. Es decir, en él encontramos nuestro corazón con idéntico pulso, latiendo por la misma idea. Por eso mis padres trataron siempre que su hogar fuera un refugio, un remanso para esos hombres que queman su vida y olvidan la felicidad personal, a los que las cárceles rompen físicamente pero no consiguen doblegar y a quienes los poderosos temen. Y así salíamos de casa con ropas, comida y cigarrillos para cárceles y comisarias unas veces y otras insistíamos, hasta vencer, para que se sentaran a nuestra mesa olvidándose del pudor de su hambre o su pobreza; sentadas en sus rodillas descubríamos en ellos algo que no hay en los más: mirada buena, sentires poderosos, modestia....

Pertenecía al grupo editor de LA ANTORCHA cuando la revolución del 30. Lo detuvieron en su quinta de Ensenada, "el terreno", como la llamaba. Estuvo ocho meses en el cuadro tercero de Villá Devoto, tiempo du-

rante el cual nunca pudimos visitarlo. Un grupo de intelectuales consiguió que le permitieran emigrar al Uruguay y así fue como volvimos a verlo sobre el barco que lo cruzaría. Lo encontramos cambiado: la cabeza, blanca, la mirada más atenta y comprensiva.

En la otra orilla siguió como siempre trabajando por sus ideas y haciendo teatro. De esa época es el manifiesto dirigido a los *Comaradas torturados y ofendidos*, primer escrito de batalla salido de su pluma que leí y me sacudió al punto de comprometer para siempre mi solidaridad incondicional con su conducta. "La conciencia —dice en él—, el sentimiento de la solidaridad humana, esa voz inefable y audaz que sólo se apaga y muere cuando el hombre termina por no ser ya más que una de estas tres cosas miserables: o verdugo, o tirano, o esclavo. Es la voz que me dicta estas carillas. ¡La vieja voz querida! La misma voz tras cuyo eco he ingresado a tantas cárceles, desde Ushuaia al Chaco y he sido tantas veces, como vosotros, humillado y ofendido ¡Yo la oigo todavía y ojalá nunca, por mi bien y el honor de mis hijas, deje de oirla!"

En 1933 estaba de vuelta. Resolvimos pasar en verano en Ensenada. Al hacer los preparativos nos preguntó si pensábamos llevar lectura ¡Claro que sí! contestamos ¿Quieren que elija algo yo? y así en nuestra valija fueron LA BUENA TIERRA, de Pearl Buck; LA MADRE, de Gorki; MI VIDA, de Chejov; DEL TOQUE DE ALBA AL TOQUE DE ORACIÓN, de Francis James y otros. Relato este hecho porque quiero señalar una faceta, que considero relevante de su personalidad. Si bien se esforzaba por que adquiriéramos elementos de cultura, evitó siempre influir en

nuestras opiniones y decisiones. Era un hombre de personalidad arrolladora, orador brillante, conocedor de las gentes, cordial y afectuoso, condiciones ideales para ser un caudillo. Pero estaba alerta. "No se debe ser nunca ni mandón ni policía", decía y cuidaba atenta y permanentemente el ajustarse a tal norma. Así, por ejemplo, consideraba que en la dirección del periódico debían alternarse los compañeros para que aquél fuera la expresión del pensamiento de todos. Con nosotras siguió la misma conducta. Cuando nos interesamos por cuestiones artísticas o sociales intervenía si pedíamos directamente su opinión. En casa hacíamos reuniones de gente joven para comentar y discutir, principalmente, problemas sociales, y si bien lo oíamos andar desocupado por la casa, nunca terció en nuestras discusiones.

Esto es lo que se refiere a nuestra formación intelectual. En cuanto a nuestra conducta fué más conciso: "Hija, usted es la dueña de su vida. Sólo espero que le sirva de ejemplo lo que vió en su casa".

Fue en mi adolescencia cuando ahondamos y afianzamos nuestro compañerismo. Era un gran caminador; en época de clases, después de almorzar, salíamos juntos. Él iba, generalmente, hasta la Casa del Teatro —en la calle Santa Fe—, yo a estudiar. Nuestra ruta era común durante un buen trecho y en el transcurso de esas caminatas se borraron todos los temores y desapareció la incomprensión. Tan es así que cuando inicié la marcha por la senda amorosa fue un atento confidente que cuidó no dar ningún consejo, en su opinión siempre inútiles o nefastos.

Viajó a Europa durante la Revolu-

ción Española. Semanalmente nos carteábamos. Sus cartas fueron siempre optimistas. Alegremente optimistas al principio, trágicamente optimistas después. Por que a pesar de todo no perdió su confianza en la liberación del hombre: "No puede ser que esto acabe", nos decía, y más tarde "Si esto acaba comenzará otra vez". Y así volvió.

Se realizaron después nuestras uniones y con ellas llegaron nuevos hijos y más tarde nietos. De uno de sus Carteles, *Juventud*, extraemos: "Miramos en cada mozo un fruto en sazón, en cada moza una flor, en cada nene un pétalo de la vida. Y quisiéramos ser tierra negra y poroso terrón, para que ellos se nutran de nuestra savia".

En los últimos años seguía trabajando con igual intensidad, sólo sus salidas disminuyeron. Sus giras se espaciaron. Las cárceles ya no se abrían para él; al adquirir prestigio como escritor, ganó tolerancia para sus ideas libertarias.

Las caminatas las hacía ahora con sus nietos; iba a encontrarse con Pedro E. Pico, su amigo de los últimos años, con quien escribió en colaboración varias obras: *Que la agarre quien la quiera*, *Juan de Dios milico y paisano*, *Nace un pueblo*, *Una chica fea*, y a quien unía un afecto tan profundo como diferentes eran sus personalidades.

La muerte lo arrancó de en medio de su trabajo literario y de la lucha social. Durante varios días, mi madre y nosotros seis, le ayudamos a pelear contra la muerte. En medio de su jadeo, que todavía nos golpea los oídos, su contrincante hacía sonar sus huesos al querer arrebatarlos. De pronto desapareció el estertor y con él la angustia. Desconcertados, ante el silencio,

## MI PADRE

lo miramos. Dormía suavemente y en paz. La cabeza blanca en la almohada y las manos sobre el rebozo no nos decían adiós. La muerte no estaba allí. ¿Dónde escondió sus huesos, sus cuencas y sus garfios prontos para llevárselo? ¿Dónde la helada mancha y la blanca osamenta? Pero cuando volvimos la mirada saltó y asestó el golpe. También lo sentimos sobre nuestro cuello y nos abatió la cabeza. Al levantarla ya no la vimos y él estaba muerto.

Alguna vez, hablando de su partida, nos dijo: "Cuando me muera nada de lutos ni de cementerio". Hemos cumplido su deseo; no conocemos el lugar donde quedaron sus cenizas, mezcladas con un puñado de roja tierra, que con tal fin trajo de España. No nos queda de él nada tangible; ni su voz metálica, ni la mirada de sus ojos verdes, ni sus duras manos, ni su cabeza altiva, pero sí el orgullo por su vida

de lucha sin claudicaciones, las páginas que escribió, teatro o cartel, expresión poética de su pensamiento, y su recuerdo... Su presencia nos sigue acompañando en las buenas y en las malas. Cuando nace un nuevo nieto nos parece oírlo: "Es el chico más lindo del mundo". Si enfermamos su optimismo nos alienta. Frente a cada suceso creemos oír su comentario. Así, durante el movimiento revolucionario del 55, y recordando otros que vivió y por los que pasó el país, nos parecía verlo prepararse para salir mientras decía: "¿Salimos, hija? ¡Será al fin la del pueblo!".

Me siento identificada con mis hermanas en su memoria. Por eso y remedando un viejo grito en todo lo que encierra de admiración y amor, digo: ¡Nuestro padre ha muerto! ¡Viva nuestro padre!